

*EL MUNDO DE LOS TOROS EN
LA OBRA DE ANTONIO MACHADO**

Rogelio Reyes Cano**
Fundación de Estudios Taurinos



o puede decirse ciertamente que Antonio Machado hubiera preferido alguna vez, como su hermano Manuel, haber sido «antes que un tal poeta.../ un buen banderillero»¹. Esa *boutade*, hija inequívoca del desenfado verbal modernista, no parece casar con la mayor gravedad con que se autorretrata don Antonio al frente de *Campos de Castilla*. Y la atención que uno y otro hermano prestaron a la fiesta de los toros, con marcadas diferencias de tono e interés, es una muestra más de sus probados contrastes, pues mientras Manuel dedica al tema un bello libro (*La Fiesta Nacional*) y otros varios textos², Antonio no escribió mucho sobre ello. Pero sería un error llevar demasiado lejos el contraste, hasta el punto de convertirlo, una vez más, en objeto de

* Este artículo incluido en el *Homenaje al profesor Juan Barceló Jiménez* editado por la Academia Alfonso X El Sabio, Murcia, 1990, págs. 587-596. Ahora se reproduce tal como allí figuraba, sin añadido alguno, y manteniendo, además, el mismo sistema de anotación y cita bibliográfica, diferente al habitual en esta **Revista**.

** Es catedrático de Literatura española en la Universidad de Sevilla.

¹ En «Retrato», del libro *El mal poema*.

² Entre ellos algunos capítulos de su libro en prosa *Estampas sevillanas*.

oposición ideológica entre uno y otro, queriendo ver en la entusiasta taurofilia de Manuel la inevitable nota conservadora y castiza, y en la mayor tibieza de Antonio para con el tema su contrastada crítica de signo liberal e institucionista. Lo que pueda haber de verdad en el fondo de esa oposición no autoriza, sin embargo, a desatender el peso real que el tema taurino tuvo en la obra de Antonio, que no fue ajeno ni mucho menos al interés que tal tema había despertado entre los escritores de su época, no tanto entre los del 98 y sí bastante en los de la generación de 1914 (Ortega, Pérez de Ayala...) y sobre todo entre los del 27. Lo taurino impregna, por filia o por fobia, buena parte de la vida literaria española de fines del XIX y primera mitad del XX. Recuérdense, como datos ilustrativos, la admiración que artistas e intelectuales sintieron por la figura de Juan Belmonte; o la feroz cruzada antitaurina de un Eugenio Noel. Tampoco Machado se queda al margen de este interés por lo taurino, aunque ni su filiación ideológica liberal ni su regeneracionismo autoricen a suponerle una afición extremada a los toros como fiesta, cosa que, como luego veremos, sí debió ocurrir en sus años juveniles. Lo que sí puede afirmarse es que en el curso de su obra se detecta de vez en cuando un interés intelectual por el mundo de la tauromaquia en lo que éste tiene de explicación cultural, social y hasta política de la vida española.

Ese interés queda patente, en primer lugar, en su familiaridad recurrente con un léxico y una fraseología taurinos que sirven para describir actitudes y comportamientos del español. Uno de los términos más repetidos en la obra de Machado es el de *embestir*, que se señala en oposición al *pensar* y que designa una nota de la «España inferior».

que ora y *embiste*,
cuando se digna usar de la cabeza³

Y en sus *Proverbios y cantares*:

De diez cabezas, nueve
embisten y una piensa.
Nunca extrañéis que un bruto
se descuerne luchando por la idea⁴.

Pues a veces se embiste también con la razón:

Recordemos otra vez el consejo maquiavélico, que olvidó Maquiavelo: «Procura que tu enemigo no tenga nunca razón. Que no la tenga contra ti. Porque el hombre es el animal que pelea con la razón; quiero decir que *embiste* con ella. Te libre Dios de tarascada de bruto cargado de razón⁵.

En *Los complementarios*, y a cuenta de la Gran Guerra europea, los antagonistas se definen sobre un símil taurino:

Germanófilos y francófilos - Frascuelistas y lagartijistas.
M. Delume dice que la guerra durará un mes.
Comprar los cuadernos para don Mariano Ferrer.
Los exámenes no serán hasta el 20 de septiembre⁶.

³ En el poema “El mañana efímero”, en Antonio Machado *Poesía y prosa*, ed. crítica de Oreste Macri, Madrid, Espasa Calpe-Fundación Antonio Machado, 1989, II, p. 567. En lo sucesivo todas las citas de la obra de Machado se harán por esta edición (*P. y P.*).

⁴ *P. y P.*, II, p. 574.

⁵ “Juan de Mairena” en *P. y P.*, IV, p. 2.085. Parecidas afirmaciones pueden verse también en III, p. 1.611 y IV, pp. 2.113 y 2.351.

⁶ *P. y P.*, III, p. 1.172.

En el *Mairena* hay otra recurrencia a la personalidad del torero para ilustrar un tema de contenido metafísico:

De la muerte decía Epicuro que es algo que no debemos temer, porque *mientras somos, la muerte no es, y cuando la muerte es, nosotros no somos*. Con este razonamiento, verdaderamente aplastante —decía Mairena— pensamos saltarnos la muerte a la torera, con helénica agilidad del pensamiento. Sin embargo —el *sin embargo* de Mairena era siempre la nota del bordón de la guitarra de sus reflexiones—, eso de saltarse la muerte a la torera no es tan fácil como parece, ni aún con la ayuda de Epicuro, porque en todo salto propiamente dicho la muerte salta con nosotros. Y esto lo saben los toreros mejor que nadie⁷.

Y en el mismo texto otra a cuenta de Séneca y su supuesta españolidad:

... Séneca era un retórico de mala sombra, a la romana; un retórico sin sofística, un pelmazo que no pasó de mediano moralista y trágico de segunda mano. Toreador de la virtud le llamó Nietzsche, un teutón que no debía saber mucho de toreo. Lo que tuviera Séneca de paisano nuestro es cosa difícil de averiguar, y más interesante para los latinistas que para nosotros⁸.

Al margen de este uso analógico del lenguaje taurino, muy corriente, por otra parte, en los escritores contemporáneos, puede decirse que las primeras referencias expresas al mundo de los toros en la obra de Antonio Machado se

⁷ *Ibid.* IV, p. 2001.

⁸ *Ibid.*, p. 2.047.

remontan a su época juvenil. En 1893 tanto Antonio como Manuel colaboraron en el periódico satírico *La caricatura*, editado por el poeta Enrique Paradas, amigo de ambos. En esa publicación, de vida —efímera pues sólo duró dos años—, Antonio escribía con el seudónimo de *Cabellera*; y en ocasiones juntamente con Manuel, bajo el seudónimo común de *Tablante de Ricamonte*. Los artículos de los dos hermanos eran breves cuadros de costumbres de tono satírico y humorístico, una especie de síntesis semanal de la vida de Madrid escrita de modo desenfadado y bonachón⁹. En ese ambiente cotidiano e intrascendente subraya Antonio la fuerte presencia del taurinismo en el Madrid de entonces: el desmedido entusiasmo de los aficionados y su proverbial nostalgia de tiempos mejores para la fiesta; el apasionamiento de las discusiones en tertulias y reuniones; el pintoresquismo de ciertos tipos de la «fauna» taurina: los toreros frustados, los empresarios, los «capitalistas» o aficionados de «pura sangre», etcétera. Una leve crítica social sin pretensiones de transcendencia, envuelta siempre en el humor y movida por el deseo de reflejar la actualidad de la calle madrileña. Alguna vez, sin embargo, se deslizan ciertas reflexiones de más calado que, a cuenta de los toros, apuntan al carácter del pueblo español, en la línea crítica del antitaurinismo de la tradición liberal. Así en «Pan y toros», escrito «al alimón» con Manuel:

«Pan y Toros» dijo Jovellanos, tratando de sintetizar en esas palabra los eternos deseos de nuestro pueblo, y en verdad que la frase que se le ocurrió no pudo ser más adecuada.

⁹ Véase: «Colaboraciones en *La Caricatura*», *P. y P.*, III, pp. 1.035-1147.

Pedimos pan, porque pedir carne es una gollería, pan negro o blanco; duro o tierno, con estropajos o sin ellos; bien pesado o falta de peso; español o francés, el caso es que no nos falte el pan nuestro de cada día.

Y lo mismo nos sucede con los toros: ¿hay corrida? pues a la plaza, aunque tengamos que empeñar el colchón, vender la Biblia o quedarnos en mangas de camisa. La cuestión es ir a los toros; a los novillos si llega el caso, o a los becerros a falta de toros y novillos¹⁰.

Estas livianas ironías sobre la desmesurada taurofilia de los españoles, lugar común del pensamiento liberal de la época, han de tomarse sólo como remoto antecedente de un antitaurinismo machadiano que no cristaliza verdaderamente hasta el momento regeneracionista que sigue a *Campos de Castilla*. Porque todavía en los años finales del siglo XIX la familiaridad del poeta con la fiesta parece muy estrecha, hasta el punto de dar cuenta exacta, en carta a su hermano Manuel de 1896, de la más viva actualidad taurina en la capital de España. Y a juzgar por el tono entusiasta y vivo con que le describe las faenas de los más notables diestros del momento, puede, sin duda, extraerse la conclusión de que Machado fue un apasionado espectador cuya afición debía compartir con su hermano:

... Bombita ha hecho aquí, como dices, una gran temporada, demostrando ser el primer matador de toros, y no mal torero. Fue el héroe de la célebre corrida en que todos estuvierón admirables. ¡Qué dos volapiés más monumentales! No cabe más. Reverte, aunque no es tan matador, es, si cabe, aún más

¹⁰ *Ibid.* p. 1.101.

valiente que Bombita y hace más prodigios de temeridad. Guerra demostró que es el número uno de los toreros en la faena inteligentísima que hizo en su primer toro y con la espada quedó muy bien. Pero el fenómeno fue Bombita¹¹.

Sorprende tan efusiva descripción de una corrida en un hombre que unos años después, hacía 1912, irá dejando en sus escritos continuas apreciaciones críticas sobre el fenómeno de los toros. No tanto, desde luego, sobre el espectáculo en sí, que nunca describe o comenta, cuanto sobre la funcionalidad social y cultural del hecho taurino, que en su opinión contribuye poderosamente a adormecer y a degradar a la España rural, manipulada por un dirigismo urbano. Así en una carta a Ortega y Gasset fechada en 1912 incluye a los toros entre los «envíos» degradantes de la ciudad:

... Cuando los intelectuales, los sabios, los doctores se dignen ser algo folk-loristas y desciendan a estudiar la vida campesina, el llamado problema de nuestra regeneración comenzará a plantearse en términos precisos. Mientras la ciudad no invada al campo —no con productos de desasimilación, sino de nutrición, de cultura— el campo invadirá a la ciudad, gobernará —si es que puede gobernar lo inconsciente— dominará, impulsará la vida española. Esto es lo que pasa hoy. La mentalidad dominante española es de villorrio, campesina, cuando no montaraz. La ciudad manda al campo recaudadores de contribuciones, diputados, guardias civiles y revistas de toros; el campo envía a la ciudad, por un lado, al pardillo, al cacique, al abogado, al político, y, por otro, al cura¹².

¹¹ «Carta a Manuel Machado», *P. y P.*, III, p. 1.449.

¹² «Carta a José Ortega y Gasset», *P. y P.*, III, pp. 1.510-1.511.

Y en otro texto de 1913:

... Es preciso enviar los mejores maestros a las últimas escuelas, ha dicho el ilustre pedagogo español [Manuel B. Cossío]. En efecto, si la ciudad no manda al campo verdaderos maestros, sino guardias civiles y revistas de toros, el campo mandará sus pardillos y abogados de secano, sus caciques e intrigantes a las cumbres del poder, y los mandará también a las Academias y a las Universidades¹³.

Esta visión negativa de lo taurino como componente de un casticismo vano y ruralizante forma parte del mismo paquete de paradigmas de la «España inferior» machadiana, que ya se manifiestan de modo explícito en los poemas del segundo *Campos de Castilla*, escrito entre 1913 y 1917. Son éstos los años de Baeza, en los que, como es sabido, se acentúa la conciencia regeneracionista del poeta y se exagera su criticismo de signo social. Su experiencia directa de un ruralismo ramplón y en su opinión esterilizador —del que se quejaba en la famosa carta a Unamuno de 1913¹⁴— pudo contribuir a forjar una visión de los toros como elemento retrógrado y limitador de la regeneración nacional, asociado a otros «vicios» de esa «España inferior» por cuya desaparición aboga: al flamenquismo, a la hipocresía social, al conservadurismo político, a la vaciedad mental y espiritual y a un concepto interesado y pobre de lo religioso. También preferentemente a ciertos grupos sociales: la aristocracia rural o urbana, que serán objeto de las más fuertes censuras y ridiculiza-

¹³ «Sobre pedagogía», *P. y P.*, III, p. 1.527.

¹⁴ «Carta a Miguel de Unamuno», *P. y P.*, III, pp. 1.532-1.537.

ciones por parte del poeta. Así en “Del pasado efímero” (1913) el tipo humano del señorito rural presenta un buen número de esas notas negativas. Por su edad alcanzó a ver al torero decimonónico Carancha¹⁵, diestro en la suerte de matar recibiendo. Entre los escasos estímulos de su vacua y tediosa vida figura el recuerdo de «la tarde de un torero», en el mismo nivel de interés que «la suerte de un tahúr» o la «hazaña de un gallardo bandolero».

El modelo de la «España inferior» del poema «El mañana efímero» (1913) se nutre también de la curiosa mezcla de tres ingredientes igualmente deleznables en el juicio de Machado: el falso folklore («charanga y pandereta»), la falsa religiosidad (de «sacristía») y el mundo de los toros, en pintoresco maridaje con el anterior («devota de Frascuelo y de María»). Es la España vacía y rancia, depositaria de un catolicismo de gestos y formas, la que Machado enfrenta a otra España nueva, producto del trabajo y de la idea, y en la que aquellos otros elementos negativos —los toros entre ellos— carecerían de significación.

La recurrente nota antitaurina de los dos textos anteriores se reitera en el «Llanto de las virtudes y coplas por la muerte de don Guido» (1917), retrato paródico del señorito urbano. Don Guido fue en su mocedad «muy galán y algo torero»; y en el recuento bufo de sus «virtudes» el poeta no se deja en el tintero, junto a su religiosidad superficial y paganizante, su amor «a la sangre de los toros», visto en esta ocasión como rasgo inseparable de la aristocracia sevillana,

¹⁵ Sobre esta alusión al torero *Carancha* puede verse el trabajo, aún en prensa, de Andrés Amorós, presentado como comunicación al Congreso Internacional sobre Antonio Machado celebrado en Sevilla en febrero de 1989.

del «caballero andaluz». Esta impronta taurina de la alta sociedad de Sevilla tiene mucho que ver con el marcado ruralismo de esa clase social, que Machado denunció más tarde en el *Mairena*¹⁶:

... Mairena vivía en una gran población andaluza, compuesta de una burguesía algo beocia, de una aristocracia demasiado rural y de un pueblo inteligente, fino, sensible, de artesanos que saben su oficio y para quienes el hacer bien las cosas es, como para el artista, mucho más importante que el hacerlas¹⁷.

Taurinismo y casticismo aparecerán juntos también como notas negativas en el conocido poema de *Los complementarios*:

¡Oh maravilla!
Sevilla sin sevillanos,
¡la gran Sevilla!...¹⁸.

en el que, con tono de humorada, Machado añora una Sevilla «sin toreros ni gitanos», anclada en el hondón de su memoria¹⁹.

Este antitaurinismo exacerbado de los años de Baeza, que se sitúa en el ámbito de la crítica social y cultural, contrasta grandemente con los juicios sobre los toros que Machado expresará bastantes años después en su *Juan de Mairena*, en la década de los treinta. En ese libro, que supo-

¹⁶ Véase mi trabajo «La visión de Sevilla en la obra de Antonio Machado: ¿hacia una teoría apócrifa de la ciudad?», en prensa, presentado como comunicación al citado Congreso.

¹⁷ *P. y P.*, IV, p. 1.954.

¹⁸ *Ibid.*, III, p. 1273.

¹⁹ Véase mi citado trabajo en prensa “La visión de Sevilla...”.

ne, a mi juicio, una clara rectificación del antitaurinismo indiscriminado de los poemas anteriores, el problema de los toros se encara desde una perspectiva más filosófica y sin duda más sosegada, y en clara relación con la valoración positiva del folklore que el libro muestra. El tono dialéctico y reflexivo del texto prosístico propicia matices y puntualizaciones que el poema no admite, y en ese marco se «filosofa» sobre la fiesta taurina con voluntad ensayística, superando, en mi opinión, el negativismo plano y rotundo que veíamos en «Del pasado efímero», «El mañana efímero» y el «Don Guido». El resultado de esta nueva actitud es una visión mucho más matizada y comprensiva de los toros como componente profundo, no siempre negativo, de la personalidad del pueblo español.

Matiza, por ejemplo, la supuesta crueldad de la fiesta:

El español suele ser un buen hombre, generalmente inclinado a la piedad. Las prácticas crueles —a pesar de nuestra afición a los toros— no tendrán nunca buena opinión en España. En cambio, nos falta respeto, simpatía, y, sobre todo, complacencia en el éxito ajeno. Si veis que un torero ejecuta en el ruedo una faena impecable y que la plaza entera bate palmas estrepitosamente, aguardad un poco. Cuando el silencio se haya restablecido, veréis, indefectiblemente, un hombre que se levanta, se lleva los dedos a la boca, y silba con toda la fuerza de sus pulmones. No creáis que ese hombre silba al torero —probablemente él lo aplaudió— también: silba al aplauso²⁰.

Pondera la «filosofía» de algún personaje taurino, como el picador Badila:

²⁰ *P. y P.*, IV, p. 1.959.

- ¡Conque el toro le ha roto a usted la clavícula, compadre!...

- Lo que me ha roto a mí ha sido todo el verano.

No se sabe que Badila, el célebre picador de reses bravas, a quien se atribuye la famosa respuesta, fuese sordo, ni mucho menos tan ignorante que desconociese la existencia de sus propias clavículas, cosas, por lo demás, inconcebible en un garrochista. Que conocía el significado del vocablo «canícula» se infiere de sus mismas palabras. Acaso fue Badila un precursor de esta nueva lógica a que nosotros quisiéramos acercarnos, de ese razonamiento heraclídeo en el cual las conclusiones no parecen congruentes con sus premisas porque no son ya sus hijas, sino, por decirlo así, sus nietas. Dicho de otro modo: que en el momento de la conclusión ha caducado en parte el valor de la premisa, porque el tiempo no ha transcurrido en vano. Advirtamos además que en el fluir del pensamiento natural —el de Badila, y en cierto modo el poético— no es el intelecto puro quien discurre, sino el bloque psíquico en su totalidad, y las formas lógicas no son nunca pontones anclados en el río de Heráclito, sino ondas de su misma corriente.

Así, Badila, obscuro precursor, modestamente, y con más ambición algunos ingenios de nuestro tiempo, han contribuido a crear esa lógica, mágica en apariencia, de la cual sabemos lo que andando el tiempo puede salir²¹.

O la profunda modestia del torero enfrentada a la superficialidad de otros «héroes» de la contemporaneidad:

Os confieso mi poca simpatía por los boxeadores americanos. Hay algo en ellos que revela la perfecta ñoñez de las luchas superfluas a que se consagran, y es la indefectible jactan-

²¹ *Ibid.*, pp. 2.066-2.067.

cia previa de la victoria. Si interrogáis a Jhonson en víspera de combate, Jhonson os dirá que su triunfo sobre Dewey es seguro. Si interrogáis a Dewey, Dewey no vacilará en contestaros que Jhonson es pan comido. Y yo desearía un juez de campo tan hercúleo, que fuese capaz de coger a Jhonson y a Dewey, y de aplicarles una buena docena de azotes en el trasero. ¡Qué falta de respeto al adversario! Y, sobre todo, ¡qué falta de modestia! ¡Cómo se ve que estas luchas, no siempre incruentas, tan del gusto de los papanatas, no pueden contener un átomo de heroísmo! Porque lo propio de todo noble luchador no es nunca la seguridad del triunfo, sino el anhelo ferviente de merecerlo, el cual lleva implícita —¿cómo no?— la desconfianza de lograrlo.

El torero —el gladiador estúpido, según el apóstrofe airado de un poeta— es mucho menos estúpido que el boxeador.

— ¿Y qué nos va usted a enseñar esta tarde, *Sarvaó*?

— *Pue* que a *sartá* el olivo.

— ¡Maestro!

— Si sale un torillo claro, *s'hará* lo que se *puea*.

Es decir, lo que hace un hombre, en las circunstancias en que un hombre puede hacer algo con un toro de lidia. Quien habla así, podrá no ser un héroe, pero no es un bruto. ¿Conformes?

— (La clase en coro). Conformes²².

Pero donde verdaderamente se sustancia toda una teoría machadiana sobre los toros es en este extenso pasaje del mismo libro, que es preciso, para los fines de nuestro trabajo, reproducir íntegro:

Vosotros sabéis —sigue hablando Mairena a sus alumnos— mi poca afición a las corridas de toros. yo os confieso que nunca me han divertido. En realidad, no pueden divertirme, y yo

²² *Ibid.*, pp. 2.321-2.322.

sospecho que no divierten a nadie, porque constituyen un espectáculo demasiado serio para diversión. No son un juego, un simulacro, más o menos alegre, más o menos estúpido, que responda a una actividad de lujo, como los juegos de los niños o los deportes de los adultos; tampoco un ejercicio utilitario, como el de abatir reses mayores en el matadero; menos un arte, puesto que nada hay en ellas de ficticio o de imaginado. Son esencialmente un sacrificio. Con el toro no se juega, puesto que se le mata, sin utilidad aparente, como si dijéramos de un modo religioso, en holocausto a un dios desconocido. Por esto las corridas de toros, que, a mi juicio, no divierten a nadie, interesan y apasionan a muchos. La afición taurina es, en el fondo, pasión taurina; mejor diré fervor taurino, porque la pasión propiamente dicha es la del toro.

En nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior hemos de tratar alguna vez el tema de la tauromaquia, cosa tan nuestra —tan vuestra, sobre todo— y, al mismo tiempo, ¡tan extraña! He de insistir, sin ánimo de molestar a nadie, sobre el hecho de que sea precisamente lo nuestro aquello que se nos aparece como más misterioso e incomprensible. Nos hemos libertado en parte —y no seré yo quien lo deplore— del ánimo *chauvin* que ensalza lo español por el mero hecho de serlo. No era ésta una posición crítica, sino más bien polémica, que no alcanzó entre nosotros —conviene decirlo— proporciones alarmantes, como en otros países. Bien está, sin embargo, que nunca más la adoptemos. Pero una pérdida total de simpatía hacia lo nuestro va construyendo poco a poco en nuestras almas un aparato crítico que necesariamente ha de funcionar en falso y que algún día tendremos que arrumbar en el desván de los trastos inútiles. En nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior procuraríamos estar un poco en guardia contra el hábito demasiado frecuente de escupir sobre todo lo nuestro, antes de acercarnos a ello para conocerlo. Porque es muy posible —tal es, al menos, una vehemente sospecha mía— que muchas cosas en España estén mejor por dentro

que por fuera —fenómeno inverso al que frecuentemente observamos en otros países— y que la crítica del previo escupitajo sobre lo nuestro, no sólo nos aparte de un conocimiento, sino que acabe por asquearnos de nosotros mismos. Pero dejemos esto para tratarlo más despacio.

Decíamos que alguna vez hemos de meditar sobre las corridas de toros, y muy especialmente sobre la afición taurina. Y hemos de hacerlo dejando a un lado toda suerte de investigaciones sobre el origen y desarrollo histórico de la fiesta —¿es una fiesta?— que llamamos nacional, por llamarle de alguna manera que no sea del todo inadecuada. Porque nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior no sería nunca un Centro de investigaciones históricas, sin que esto quiera decir que nosotros no respetemos y veneremos esta clase de Centros. Nosotros nos preguntamos, porque somos filósofos, hombres de reflexión que buscan razones en los hechos, ¿qué son las corridas de toros?, ¿qué es esa afición taurina, esa afición al espectáculo sangriento de un hombre sacrificando a un toro, con riesgo de su propia vida? Y un matador, señores —la palabra es grave—, que no es un matarife esto menos que nada, ni un verdugo, ni un simulador de ejercicios cruentos, ¿qué es un matador, un espada, tan hazañoso como fugitivo, un ágil y esforzado sacrificador de reses bravas, mejor diré de reses enfierecidas para el acto de un sacrificio? Si no es un loco —todo antes que un loco nos parece este hombre docto y sesudo que no logra la maestría de su oficio antes de las primeras canas—, ¿será, acaso, un sacerdote? No parece que pueda ser otra cosa. ¿Y al culto de qué dioses se consagra? He aquí el estilo de nuestras preguntas en nuestra Escuela Popular de Sabiduría Superior²³.

En este pasaje Mairena reflexiona con sosiego y res-

²³ *Ibid.*, pp. 2.061-2.062.

peto sobre la tauromaquia, por ser «cosa tan nuestra». La reflexión sobre el ser de España y lo español es una de las constantes del libro, en el que puede apreciarse un juicio muy positivo sobre el folklore, siguiendo la línea valorativa de su padre *Demófilo*²⁴. Los toros, pues, forman parte esencial de la personalidad española y requieren por ello, como otros muchos asuntos, una explicación dialéctica. Sin duda por eso, en lugar de despacharse a la ligera, se definen, como es habitual a lo largo del *Mairena*, desde el recurso de la paradoja: la fiesta de los toros, por ser tan nuestra, es al mismo tiempo tan extraña, pues es «precisamente lo nuestro aquello que se nos aparece como más misterioso e incomprensible». Indagar en esos arcanos de nuestra personalidad como pueblo, he ahí uno de los grandes retos para el hombre de ideas, que «busca razones en los hechos», superando el *chauvinismo* patriotero que ensalza todo lo autóctono, pero huyendo al mismo tiempo del proverbial autodesprecio español. Y es desde esa postura de equilibrio y rigor intelectual desde la que Mairena-Machado encuentra en los toros un hondo significado social y antropológico, de signo religioso-sacrificial, más allá de la diversión, del puro juego, del utilitarismo e incluso del arte. Donde el torero no es ni verdugo ni matarife, ni mucho menos un loco, sino un auténtico sacerdote de un culto enigmático, «docto y sesudo», es decir, que se sirve de la inteligencia como instrumento. Y en el que el público participa impulsado por el fervor.

Llama la atención, después de haber leído los poe-

²⁴ Véase a este respecto P. de Carvalho-Neto, *La influencia del folklore en Antonio Machado*, Madrid, Ediciones Demófilo, 1975.

mas de la etapa de Baeza, que tan rotunda, negativa y hasta burlescamente despachaban el tema de los toros, que ahora, pasados los años, le atribuya la alta dignidad de un rito religioso. Y que lo haga precisamente como un antídoto contra el «hábito demasiado frecuente de escupir sobre lo nuestro, antes de acercarnos a ello para conocerlo», porque es posible «que muchas cosas en España estén mejor por dentro que por fuera».

Estas últimas palabras reflejan, también en lo que respecta al mundo de los toros, buena parte de la evolución ideológica del poeta, tan patente en otros muchos puntos del *Juan de Mairena*. Evolución que es en buena medida una matizada rectificación de posturas anteriores tal vez demasiado rígidas. Sus escritos taurinos permiten seguir un proceso mental que va desde la entusiasta afición juvenil a la fiesta a la aprehensión y comprensión profunda del fenómeno, pasando por una etapa intermedia (los años de Baeza) en la que privó un repudio de signo social y regeneracionista.

